

El libro multiplicado: prácticas editoriales y de lectura en el México del siglo XX

Juan Carlos Gaona Poveda

 <https://orcid.org/0000-0002-3919-3730>
CIESAS-Unidad Peninsular, México
historia.cultura.sociedad@gmail.com

Kenya Bello y Marina Garone Gravier (coord.), *El libro multiplicado: prácticas editoriales y de lectura en el México del siglo XX*, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Cuajimalpa, 2020, 545 pp. ISBN 978-607-28-1718-0

El libro multiplicado representa una primera visión de conjunto sobre la historia de la edición y la lectura en el México del siglo XX. La obra se compone de nueve capítulos producto de investigaciones recientes en dicho campo de estudio. Sus coordinadoras –Kenya Bello y Mariana Garone Gravier– trazan un hilo conductor común a partir del análisis de la materialidad de diversos textos impresos desde el punto de vista de sus productores y receptores. La tesis implícita es que el principal impulsor y regulador de los mercados editoriales mexicanos fue el propio Estado posrevolucionario. De manera que los agentes culturales tuvieron que alinearse, pugnar o negociar con las administraciones públicas de turno. Afirmación que dota de una dimensión política a los temas del libro, aunque solamente algunos de los autores ahondarán en la misma.

En la presentación, Bello y Garone insertan la obra en un debate académico de largo aliento posibilitado por la especialización de ambas investigadoras en el estudio de culturas escritas de otros periodos históricos; como también, por su participación en redes académicas nacionales e internacionales. Las coordinadoras fundamentan el proyecto en importantes tradiciones historiográficas sostenidas en



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

referentes como Lucien Febvre, Henri-Jean Martin o Roger Chartier. Así mismo, dialogan con autores iberoamericanos como Jesús Martínez (España), Gustavo Sorá (Argentina), Alfonso Rubio (Colombia), Márcia Abreu (Brasil), por mencionar algunos. Hecho que no significa que *El libro multiplicado* sea una simple reproducción de trabajos de otras latitudes. Al contrario, en cada capítulo se evidencian formas críticas y creativas de apropiación historiográfica.

Aunque la estructura capitular no está dividida en secciones, se pueden reconocer cinco énfasis temáticos: la industria editorial, los usos políticos de la edición, las prácticas editoriales literarias, la transnacionalización de la edición mexicana y la promoción de la lectura. Algunos de los capítulos se entrelazan a partir de dichos tópicos, aunque son abordados de manera particular por cada autor.

El primer capítulo, escrito por Luis Mariano Herrera, sirve de introducción al resto de la obra. Herrera aborda la producción de libros en México entre 1911 y 1960 a partir de un trabajo cuantitativo bastante completo. Este autor ilustra la manera en que se pasó gradualmente de una industria tipográfica a una propiamente editorial. El análisis recae en el volumen de producción, la composición del sector y los géneros que se publicaban. La mayor virtud del capítulo es su perspectiva internacional de larga duración; puesto que le permite comprender el campo editorial nacional a la luz de transformaciones generales del contexto mundial. Así rompe con lugares comunes como el excesivo papel asignado al exilio español de las décadas de 1930 y 1940. A su vez, este autor resalta el papel del Estado como productor y diseñador de políticas editoriales.

El segundo capítulo se dedica a los usos políticos de la edición en términos de la tensión entre la hegemonía estatal y ciertas propuestas alternativas, mayoritariamente de izquierda. Su autor, Sebastián Rivera Mir, analiza actividades, propuestas ideológicas y prácticas culturales de grupos sociales que incursionaron en el mundo editorial con miras a transformar el orden social mexicano. Rivera selecciona tres momentos significativos: el esfuerzo editorial de José Vasconcelos a comienzos de la década de 1920 a través del análisis de las revistas *El Libro* y *El Pueblo*; el sexenio cardenista con la inserción del marxismo en la escena nacional; y

la irrupción de editoriales independientes entre finales de la década de 1960 y principios de los años setenta.

Lo más novedoso del abordaje de Rivera es su interés por dilucidar los esfuerzos editoriales estatales, que buscaron mantener el poder y desorientar a los opositores del régimen. Por ejemplo, la creación de una literatura "oficial" y de libros apócrifos que desacreditaban las reivindicaciones sociales. De esta manera trasciende los acercamientos enfocados a las conocidas estrategias represivas como la censura o la violencia directa. Otro aporte valioso es el cuestionamiento que hace del uso de términos como "Estado editor", "apertura editorial mexicana" o "editoriales del sector público". Expresiones que deben entenderse de manera dinámica; ya que la esfera pública ha sido un espacio de disputa entre agentes con diferentes intereses. A mi modo de ver, faltaría complementar este estudio con las estrategias editoriales de las derechas clericales.

Los capítulos tres y cuatro constituyen un bloque orientado al análisis de la edición literaria durante el siglo XX en México. Freja Innina Cervantes Becerril se encarga de la primera mitad y María José Ramos de Hoyos de la segunda. Ambas investigadoras muestran un conocimiento erudito de los procesos editoriales, comerciales y tipográficos del campo literario nacional. Sus trabajos son los que abordan de manera más detallada y analítica las transformaciones en la materialidad de los textos. Asimismo, Cervantes y Ramos de Hoyos brindan una panorámica amplia de creadores, productores y difusores de literatura mexicana. Las autoras logran enmarcar las prácticas editoriales en contextos históricos de producción y consumo definidos, que ayudan a comprender el estado actual del sector. No obstante, se podría avanzar más en la comprensión social de los agentes estudiados y, así, discernir las relaciones de poder en que se vieron inmersos.

Los capítulos cinco al siete se enfocan en la transnacionalización de los agentes y de los mercados editoriales mexicanos. El eje transversal es el idioma como dispositivo de legitimación y de jerarquización de una cultura impresa nacional en el intercambio comercial entre países. Nayelli Castro, Tania Hernández y Danielle Zaslavsky estudian la figura del traductor literario en México en relación a su lugar en diversos entramados institucionales. El reconocimiento a su labor, la

profesionalización de sus prácticas y la retribución a su trabajo son algunos de los elementos retomados por las autoras. En las conclusiones plantean la posible contribución que el estudio de la traducción podría brindar a la discusión sobre el consumo cultural en el país.

Lizeth Zabala Mondragón aporta un trabajo sobre los exiliados españoles en México, principalmente aquellos dedicados a la traducción literaria. Propone la existencia de tres tipos de proyectos enmarcados en el término “libro del exilio”: aquellos sostenidos por españoles, los que involucraron una fuerza de trabajo nacional y los impulsados por mexicanos relacionados con la cultura española. Zabala da ejemplos de varias iniciativas editoriales y sostiene su desdibujamiento en el mercado editorial mexicano. El capítulo es bastante descriptivo, por lo que solo hasta cierto punto logra cumplir su objetivo de explicar porqué fueron importantes los aportes del exilio español. Sin embargo, deja abierta una buena línea de trabajo al ubicar el perfil diplomático de los traductores españoles exiliados. Habría que estudiar la interacción entre las trayectorias políticas de estos sujetos y su actividad intelectual.

Por su parte, Alejandro Dujovne analiza la participación de México en la Feria del libro de Fráncfort entre 1960 y 1992. Estudio a través del cual indaga las implicaciones de producir libros en castellano y comprar derechos de traducción en un mundo en que nuestra lengua ocupa un lugar secundario. Dujovne propone que sólo se puede comprender el lugar de México en el mercado editorial hispanoamericano a partir de su competencia con España y Argentina. A su vez, sitúa al país en un rango semiperiférico en el escenario mundial dominado por potencias como Alemania y Estados Unidos. El capítulo tiene una orientación cuantitativa, pero que dialoga con una búsqueda de sentido histórico y antropológico de la acción de los agentes involucrados.

Los capítulos ocho y nueve entran en el terreno de la promoción de la lectura en el siglo XX. Kenya Bello estudia el carácter político de la enseñanza de la lecto-escritura. Los distintos métodos de alfabetización representaron tecnologías para la constitución de una cultura nacional en detrimento de otras apuestas identitarias. El texto de Bello representa una ruptura con la tradicional historia de la educación al

complejizar los procesos formativos desde la perspectiva editorial; como también, al vincular prácticas educativas e ideología en distintos momentos de la administración pública.

A su vez, Javier Rosales Morales aborda el desarrollo de las bibliotecas populares y escolares impulsadas por la Secretaría de Educación Pública (SEP) entre 1921 y 1970. Rosales enfatiza en las políticas educativas y en las acciones estatales para la expansión de la cultura impresa en el periodo. De su capítulo resalta el contraste que realiza entre los discursos sobre la lectura y sus prácticas efectivas; al igual que el análisis realizado de la recepción de los géneros que se promovían desde el poder central.

En términos generales, se pueden observar tres limitaciones del libro, las cuales fueron anticipadas por las mismas coordinadoras en la presentación. La primera tiene que ver con los géneros editoriales analizados, pues al ser un estudio pionero no pudieron abordar todas las posibilidades existentes. El énfasis recae en la producción literaria y educativa, seguida del libro de carácter político y de ciencias sociales. Pero se encuentran ausentes la edición y recepción de obras técnico-científicas, universitarias, juveniles y religiosas, entre otras. Vacío que obedece al incipiente desarrollo de la investigación sobre estos temas, pero que augura la posibilidad de un segundo tomo en el futuro.

La segunda limitación es de carácter geográfico-cultural. *El libro multiplicado* se enfoca principalmente en la capital del país y en la producción de obras en castellano. Aunque los capítulos de Bello y Rosales sí reflexionan sobre la fijación de un idioma nacional en un proceso de distinción y jerarquización cultural. Queda pendiente profundizar más en la cultura impresa dentro de las políticas de homogenización; igualmente, en las estrategias editoriales de reivindicación identitaria de grupos lingüísticamente diferenciados. Por otra parte, la superación del centralismo capitalino en el estudio de lo impreso requiere la articulación de investigaciones que ya se vienen realizando desde distintas regiones. Varios de los autores apuntan en dicha dirección.

La tercera limitación hace referencia a las comunidades lectoras y a los procesos de apropiación de lo impreso. Si bien los capítulos de Bello y Rosales

aportan grandes avances para el siglo XX, es todavía un campo poco explorado. Este aspecto es el más difícil de trabajar en cualquier cultura escrita. Las fuentes utilizadas por lo general dan cuenta de las políticas editoriales y del tipo de lectores a los que se pretende llegar. Pero es poco lo que señalan sobre los usos concretos de los libros y de otros formatos impresos. Una alternativa que ya se viene implementando es el análisis de anotaciones de lectores y alusiones a la lectura en reseñas u otros documentos. Pero todavía es mucho lo que desconocemos del asunto, pues no siempre quedan dichas huellas en los diversos soportes materiales estudiados. Esta dificultad metodológica hace que se proponga a la historia oral como una forma para comprender periodos recientes. Perspectiva que pasa por la interdisciplinaria entre historia, antropología, sociología y lingüística.

Para finalizar, considero que la obra muestra que el estudio de la edición y de la lectura es un camino fértil para comprender procesos históricos de mayor envergadura. Esta perspectiva historiográfica es una forma válida para entrar de manera renovada a campos como la historia política, educativa, científica, religiosa, entre otros. Queda pendiente conectar la materialidad de los textos con otros proyectos ideológicos vigesímicos; como también, establecer las relaciones fluctuantes entre lo impreso y otros medios de comunicación masiva (cine, radio y televisión): visión de conjunto que nos permitirá conocer mejor la cultura y la política mexicana del siglo pasado. Para quien se interese en estas temáticas, *El libro multiplicado* es, sin duda, una lectura obligada.